

Peter Sloterdijk

Esferas III

Espumas

Esferología plural

Traducción de Isidoro Reguera

Índice

Esferas III (Espumas)

Nota	15
Prólogo: El nacer de la espuma	27
Aire en lugar inesperado	27
Interpretación de la espuma	31
Espumas fértiles – Interludio mitológico	36
Espumas naturales, aphrosferas	42
Espumas humanas	47
Las espumas en la época del saber	55
Revolución, rotación, invasión	58
Cuando lo implícito se vuelve explícito: Fenomenología	63
Aparece lo monstruoso	65
Nunca hemos sido revolucionarios	71
Introducción: Aerimotos	75
1 La guerra de gas o: El modelo atmoterrorista	75
2 Explicitud creciente	102
3 Air/Condition	123
4 El alma del mundo en agonía o: La emergencia de los sistemas de inmunidad	152
<i>Consideración intermedia: Compulsión luminosa e irrupción en el mundo articulado</i>	163
<i>Fin del excursio</i>	177
5 Programa	192

Tránsito: Ni contrato, ni organismo <i>Aproximación a las multiplicidades-espacio, que, lamentablemente, se llaman sociedades</i>	202
1 Insulamientos	
<i>Para una teoría de las cápsulas, islas e invernaderos</i>	237
A. Islas absolutas	244
B. Islas atmosféricas	260
C. Islas antropógenas	275
1 El quirotopo – El mundo a mano	280
2 El fonotopo – Ser al alcance de la voz	290
3 El uterotopo – Cavernas-nosotros, incubadoras de mundo	297
4 El termotopo – El espacio de confort	305
5 El erototopo – Dominios de celos, peldaños del deseo	311
6 El ergotopo – Comunidades de esfuerzo e imperios beligerantes	315
7 El alethotopo – Las repúblicas del saber	327
8 El thanatotopo – La provincia de lo divino	337
9 El nomotopo – Primera teoría constitucional	357
Resumen	374
2 Indoors	
<i>Arquitecturas de la espuma</i>	383
A. Donde vivimos, nos movemos y somos <i>De la arquitectura moderna como explicitación de la estancia</i>	383
1 El estar-retenido; lugar de parada y almacén	387
2 Receptores, instalaciones de habituación	394
3 Sumersión e inmersión	399
4 Viviendas como sistemas de inmunidad	407
5 La máquina para habitar o: El sí-mismo-espacio movilizado	415

6	<i>Management</i> de direcciones, emplazamiento de consumo, regulación del clima	427
B.	Construcción celular, egosferas, autocontainer	
	<i>Para la explicación de la existencia co-aislada por medio del apartamento</i>	432
1	Célula y burbuja de mundo	432
2	Autoemparejamientos en el hábitat	443
C.	Foam City	
	<i>Macrointeriores y edificios urbanos de congresos explicitan las situaciones simbióticas de la multitud</i>	459
1	Asamblea nacional	462
2	Los colectores: Para la historia del renacimiento del estadio	475
3	Sínodos discretos: Para la teoría de los congresos	490
4	Foam City. Sobre multiplicidades urbanas de espacio	496
3	Impulso hacia arriba y mimo	
	<i>Para una crítica del humor puro</i>	511
1	Más allá de la penuria	511
2	La ficción del ser-de-carencias	529
3	Ligereza y aburrimiento	539
4	<i>Your Private Sky</i> – Pensar el aligeramiento	553
5	Primera levitación – Para la naturaleza del impulso hacia arriba	565
6	Catástrofe de las madres neolíticas	579
7	Mimo en lo simbólico – La era de los tesoros celestiales	583
8	Deseo inmanente, novela de Fausto y democratización del lujo	593
9	El <i>Empire</i> o: El invernadero del confort; la escala del mimo abierta hacia arriba	604
10	Rosa de los Vientos del lujo La vigilancia, el humor liberado, la sexualidad ligera	626

Retrospectiva	
<i>De un diálogo sobre el oxímoron</i>	647
Notas	667
Créditos de las ilustraciones	713

Regreso de siglo en siglo a la Antigüedad más remota; no veo nada que se asemeje a lo que tengo ante los ojos.

Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*

Nota

El presente libro es el tercer y último volumen de un proyecto filosófico que comenzó en el año 1998 con la publicación de *Esferas I, Burbujas*, y continuó en 1999 con *Esferas II, Globos*. Ello tiene consecuencias para su legibilidad. El autor ha querido dar satisfacción a quienes desean que un libro que aparece por separado se pueda leer y entender también por separado. Esto sirve para la obra presente sin duda alguna. Es posible comenzar con la tercera parte de *Esferas* como si se tratara de la primera. Y en cierto sentido es así, efectivamente, porque la empresa total sólo puede apreciarse en su conjunto desde su polo conclusivo.

No tendría por qué entorpecer su lectura el hecho de anteponerle unas líneas como contexto relacional de la trilogía. En los dos tomos precedentes se intenta conferir a la expresión *esfera* el rango de un concepto fundamental, que se ramifica en aspectos significativos topológicos, antropológicos, inmunológicos, semiológicos. *Esferas I* propone una descripción (el autor piensa que, en parte, nueva) del espacio humano, que acentúa el hecho de que por el cercano ser-juntos de seres humanos con seres humanos se produce un interior hasta ahora poco considerado. Llamamos a ese interior la microsfera y lo caracterizamos como un sistema de inmunidad espacial anímico (moral, si se quiere), muy sensible y capaz de aprender. El acento se pone en la tesis de que es la pareja, y no el individuo, la que representa la magnitud más auténtica; eso significa, a la vez, que, frente a la inmunidad-yo, la inmunidad-nosotros encarna el fenómeno más profundo. Una tesis así no se entiende, sin más, en una época juramentada con las partículas elementales y los individuos. Caracterizamos los mundos de proximidad humanos como espacios surreales para expresar que incluso relaciones inespaciales como simpatía y comprensión se traducen en relaciones casi espaciales con el fin de hacerse comprensibles y experimentables.

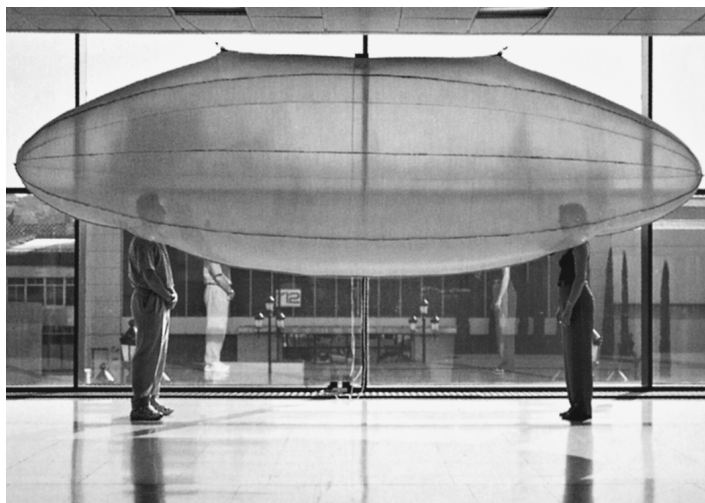
Como mostramos en siete asaltos, el espacio humano está formado desde el principio, literalmente *ab utero*, primero bipolarmente, pluripolar-

mente en etapas más desarrolladas; posee la estructura y dinámica de un –por hablar a la vieja usanza– entrelazamiento animante* de seres vivos, interesados en estar en proximidad y participación unos con otros; ese estrecho ensamblaje desencadena no pocas veces la perversa cercanía de la agresión primaria, puesto que lo que se cobija mutuamente también puede aprisionarse y ahogarse recíprocamente. En esa relación van incluidas, a la vez, todas las posibilidades que la tradición designa con conceptos sonoros como amistad, amor, comprensión, consenso, *concordia* y *communitas*. Incluso la expresión, venida a menos, de solidaridad, de la que en nuestros días pende el alma de la izquierda sin empuje (y que actualmente significa algo así como tele-sentimentalismo), ya no puede regenerarse, y en tal caso, nada más que a partir de esa fuente.

En tanto es un ser que «existe», el ser humano es el genio de la vecindad. Heidegger lo conceptualizó así en su época más creativa: si hay existentes juntos, se mantienen «en la misma esfera de patencia». Son accesibles unos para otros y, sin embargo, unos a otros trascendentes, una observación que no se cansan de subrayar los pensadores del diálogo. Pero no sólo las personas, sino también las cosas y las circunstancias se comprenden, a su modo, desde el principio de la vecindad. Por eso «mundo» significa para nosotros el contexto de posibilidades de acceso. «El ser-ahí lleva ya consigo la esfera de posible vecindad; ya originariamente es vecino de...»¹. Las piedras, que están unas al lado de otras, no conocen la apertura extática de unas con respecto a otras². Quien quiera puede leer *Esferas* I como una inmersión en el abismo del nerviosismo ontológico frente a lo co-existente, lo otro, lo extraño. En este viaje estoico al primer nicho ecológico del ser humano no puede evitarse esbozar una especie de ginecología filosófica. Se entiende por qué esto no es bien recibido por todos. Tanto peor para lectores que encontrarán menor gozo aún en la prope-déutica teológicamente informada de la intimidad, con la que se cierra hacia dentro este libro de los excesos.

En *Esferas* II se extraen consecuencias del examen de la naturaleza extático-surreal del espacio vivido y habitado. Esto sucede en forma de un gran relato de la expansión de lo anímico en la serie ininterrumpida de las

* Se sigue traduciendo, como en los dos primeros volúmenes de *Esferas*, la expresión «*Be-seelung*» por «animación» en el sentido etimológico de: (alma) animación, vivificación, dar alma, aliento, etc. Sus derivados, igualmente en este sentido.

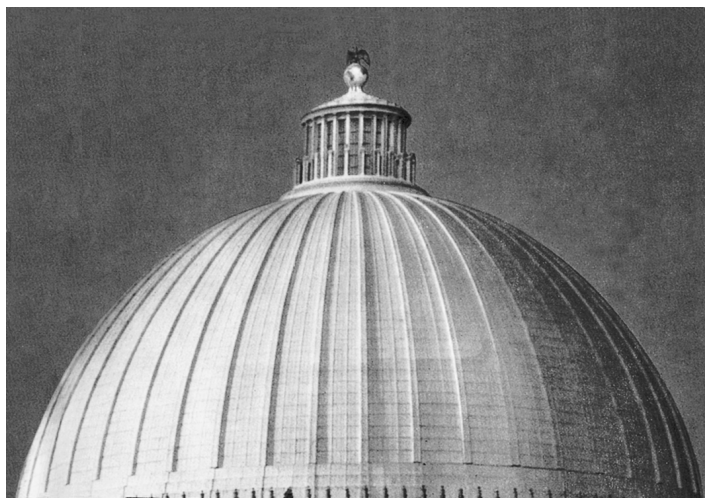


Pablo Reinoso, *La parole*, 1998.

ocupaciones imperiales y cognitivas del mundo. La empresa podría llamarse ahora una novela filosófica, que reproduce en etapas sinópticas el redondeamiento de lo exterior. Aquí la hipérbola no sólo se acredita como un medio estilístico, sino como un procedimiento para aclarar contextos. El primer capítulo de esta novela hiperbólica corresponde al primer volumen del proyecto *Esferas*, en el que se habla de la constitución íntima de la díada y de su desarrollo en simple familiaridad, un proceso que conduce desde la dualidad a una estructura de cinco polos como forma mínima de apertura al mundo y capacidad de conexión psíquicas. A la salida de la situación fundamental familiar –su símbolo arquitectónico es la cabaña–, el programa expansivo pasa del pueblo a la ciudad, al imperio y, más allá, al universo finito, hasta que se pierde en el espacio ilimitado e inhabitable. Los infiernos de Dante constituyen ramificaciones atormentadoras de ese sendero luminoso, ilustran casi todas las posibilidades de inmersión en lo pésimo. En esos años de aprendizaje del sentimiento inclusivo se observa cómo revientan innumerables esferas pequeñas y ocasionalmente se recomponen en formatos más grandes. Una vez más: la microsfera es un espacio de aprendizaje que posee la capacidad de crecer. En él vale la ley de la incorporación por asimilación; si se mantiene en flu-

jo es por su escapada hacia lo mayor. Se trata de un espacio híbrido elástico, que responde a la deformación no sólo con la recompostura, sino con la expansión. El postulado de que la seguridad se encuentra en lo más grande, y sólo en ello, suscitó el *affaire* del alma con la geometría. No otra cosa significó el acontecimiento que se llama metafísica: que la existencia local se integra en la esfera absoluta, y el punto animado va inflándose hasta la esfera-todo. En ella creyó encontrar la psique participación en lo indestructible. La simplificación más desconsiderada abre el camino de la salvación.

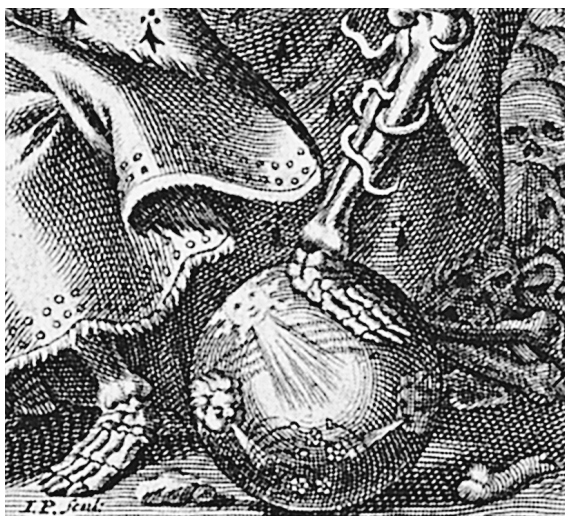
En el curso de la narración tendría que hacerse plausible por qué la filosofía clásica adoptó la forma de macrosferología, como contemplación de la esfera más grande y de la estructura de inmunidad más amplia. Siempre que, después de Platón, el pensamiento filosófico estuvo a la altura debida, los dos conceptos paradigmáticos de totalidad, mundo y Dios, se representaron como volumen esférico omnicompreensivo, en el que están incrustados concéntricamente, en gradación, innumerables círculos de energía, esferas de valor y cubiertas de mundo, hasta llegar abajo, al punto anímico que se experimenta como fuente de luz del átomo-yo. La existencia se caracteriza por la inmersión en un último elemento, está «en Dios» o «en el mundo», a ser posible en ambos a la vez. Dime dónde estás inmerso y te diré lo que eres. Se hace uno una idea de la fuerza de penetración de tales intuiciones cuando se recapacita en qué medida consiguieron respeto entre los pensadores más potentes de la vieja Europa: desde Plotino hasta Leibniz la consideración de las macrosferas fue la fuerza autoritativa de la ontología³. De acuerdo con la convicción tradicional, la misma «esfera de patencia» abarca tanto el cosmos físico como al sujeto cognoscente. De ahí la creencia exaltada de que está en la naturaleza del espíritu humano conseguir una especie de conocimiento cómplice de las primeras y últimas cosas; de ahí también la suposición inicial de los principiantes del ser, fácilmente defraudable, de poder llevarlo a gran escala en la tierra. «Todo yo era cabeza; y era redondo como un círculo, como se representa la perfección y la eternidad; esto me permitió hacer planes para el futuro... me dispuse a la conquista del mundo...»⁴ Según la consideración, irónicamente quebrada, del poeta, todo individuo delinea prenatalmente su despliegue vital con tales anticipaciones. Si en la realidad sucediera como en el ideal, el espíritu humano no se desarrollaría hasta que no aprendiera a comprenderse como socio junior del absoluto. Así co-



Albert Speer, proyecto del gran pabellón.

mo el genius placental anónimo y el feto conforman la primera pareja, así Dios y el alma, opcionalmente el cosmos y el intelecto individual, la última.

El gran relato de *Esferas II*, que sigue la curva, jalonada por catástrofes, del mínimo al máximo, pretende hacer comprensible la razón por la que la metafísica fue la prosecución del animismo con medios tanto teóricos como políticos: el animismo es la creencia en el hipersistema de inmunidad: alma. Sobre ese trasfondo resulta comprensible el fracaso de la metafísica clásica por su contradicción interna. Es cierto que por doquier se topa uno con la leyenda de que pereció por una crítica desencantadora y por un saber mejor, correspondiente a un orden posterior de la inteligencia; en verdad, es la imposibilidad interna de su proyecto la que fue la causa de su ruina. Los pocos que se la tomaron en serio lo comprenden incluso hoy: se hace añicos porque pretende defender el asunto de la vida, que por naturaleza sólo se mantiene en la finitud de un sistema de inmunidad individualizado, y toma partido, a la vez, por lo infinito, que niega toda vida individual e ignora intereses de inmunidad privados. Como sirvienta de dos señores fracasa por la imposibilidad misma de su posición, sin que la crítica del lenguaje, la psicología o la «deconstrucción» tuvieran que mover un dedo. Las lecciones de ese fracaso endógeno (que también



Josiah Woodward, *Fair Warnings to a Careless World*, detalle, 1707.

puede constatarse externamente, por supuesto) tienen gran alcance: por él se pone de manifiesto el conflicto entre infinidad e inmunidad, en el que tiene lugar la polémica originaria del pensamiento moderno, quizá de cualquier pensamiento que pretenda ser filosófico.

De acuerdo con la propia lógica del objeto, la reconstrucción del delirio metafísico de simplificación y unificación se cierra con una breve historia del mundo moderno, tan acentuada europeamente como resulta necesario, tan filosófico-universal como es posible. Entendemos por Modernidad, más bien convencionalmente, la época en la que se produce en el mundo antiguo la salida del monocentrismo metafísico. En ella se hizo volar el círculo mágico simple, que en otros tiempos prometía a todos los seres vivos la inmunidad en su Dios Uno, es decir en la rotunda totalidad. Quien cuenta una historia así tiene *nolens volens* que representar en esbozo la expansión europea después de 1492. Ese movimiento excéntrico, designado ahora tuertamente como «la globalización» (como si no hubiera más que una, y no tres), se reproduce en el capítulo 8 de *Esferas II*, bajo el título «La última esfera. Para una historia filosófica de la globalización terrestre», al estilo de una consideración macrohistórica. Llamamos terrestre a la glo-



Arkadi Schaichet, montaje del globo
sobre el edificio de correos moscovita, 1928.

balización que sigue a la metafísica y antecede a la telecomunicativa. Tanto por sus dimensiones externas como internas, ese capítulo puede leerse como una publicación independiente⁵.

Una anécdota, que Albert Speer ha recogido en sus *Memorias*, informa sobre el estado de las ideas del círculo y de la esfera –por lo que respecta a la teoría del mundo– en el siglo XX: a principios del verano de 1939, Adolf Hitler (cuyo nombre se barajó con el de Gandhi un año antes para el Premio Nobel de la Paz), seguro de sus planes de dominio universal, se propuso hacer una modificación en la maqueta, proyectada junto con Speer, de la Cancillería del Reich en Berlín. Ahora, el águila del Reich ya no debía cernerse en el remate de la cúpula de 290 metros sobre el símbolo nazi, la esvástica, como estaba previsto hasta entonces. Hitler habría ordenado:

[...] La coronación de este edificio, el más grande del mundo, tiene que ser el águila sobre la bola del mundo⁶.

¿Es necesario aclarar todavía por qué esas palabras explican la historia de la descomposición de la metafísica política? Desde siempre, ésta, cuando hablaba claramente, se había manifestado como monosferología imperial, y cuando Hitler, en sus fantasías, sustituye la esvástica por la bola del mundo también él es, por un segundo, un filósofo clásico. Algo más difícil resulta entender cómo avanza la descomposición de la teoría monosférica de Dios. Podría explicarse su comienzo a partir de la siguiente consideración del Abbé Sieyès, del año 1789:

Me imagino la ley como punto central de una esfera grandiosa; respecto de él, todos los ciudadanos, sin excepción, se encuentran a la misma distancia en la superficie de la esfera y ocupan allí lugares iguales; todos dependen del mismo modo de la ley...⁷

El desmoronamiento de la monosfera divina se hace patente con el decreto de que todas las criaturas humanas han de estar igualmente distantes del punto de Dios. ¿No era de presumir que la democratización de la relación con Dios acabara en su neutralización, finalmente en su extinción, y forzara la nueva ocupación de ese puesto? En una defensa de la *Enciclopedia*, Diderot ya había consumado esa sustitución en el año 1755 *expressis verbis*, declarando al ser humano como «punto central común» de todas las cosas (y de todas las entradas lexicográficas): «¿Hay en el espacio infinito algún punto mejor desde el que puedan hacerse salir esas líneas inconmensurables que queremos trazar hasta todos los demás puntos?»⁸. Al final provisional de la historia topamos con una frase radio-teórica de Marshall McLuhan:

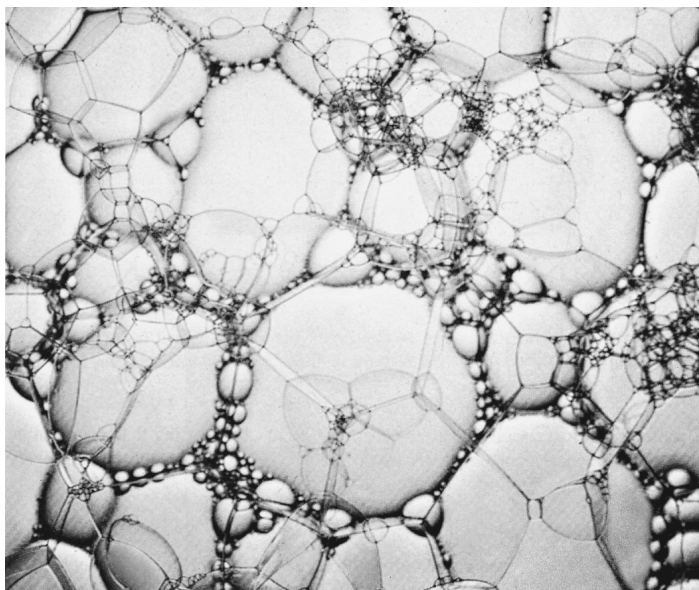
La simultaneidad eléctrica de los movimientos informativos produce la esfera total oscilante del espacio auditivo, cuyo centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna⁹.

Superficialmente, esto parece ser una tesis sobre la distribución de las oportunidades auditivas en el espacio radio-acústico de la aldea global. Tras un examen más detenido, la frase muestra sus resabios teológicos: las

ambiciones paulinas del más grande teórico de los medios de su tiempo recurren directamente al teorema, de halo misterioso, de la teosofía hermética de *El libro de los veinticuatro filósofos*¹⁰ altomedieval, para evocar una última teoría de la esfera-una, a partir del espíritu del catolicismo electrónico. Con una amplitud de miras que roza el acaparamiento, McLuhan postula una esfera de información, híbrida, global-tribal, que nos encerraría a todos nosotros, como miembros dichosos y obligados de la «familia humana», en una «única membrana universal»¹¹, que sería a la vez redonda (centrada, romana) y ovalada (periférica, canadiense). La máquina que llevara a cabo este milagro simplificador es el *computer*, interpretado en espíritu pentecostal: según McLuhan, él posibilita la integración de la humanidad en una «comunidad psíquica» supratribal. ¿Quién puede ignorar que aquí se enseñaba, una vez más, y quién sabe si no por última vez, la unidad de aldea global e Iglesia?

En contraste con todo esto, *Esferas III, Espumas*, ofrece una teoría de la época actual bajo el punto de vista de que la «vida» se desarrolla multifocal, multiperspectivista y heterárquicamente. Su punto de partida reside en una definición no-metafísica y no-holística de la vida: su inmunización ya no puede pensarse con los medios de la simplificación ontológica, de la recapitulación en la esfera-todo lisa. Si «vida» actúa ilimitadamente, conformando espacios de diversas maneras, no es sólo porque cada una de las mónadas tenga su propio entorno, sino más bien porque todas están ensambladas con otras vidas y se componen de innumerables unidades. La vida se articula en escenarios simultáneos, imbricados unos en otros, se produce y consume en talleres interconectados. Pero lo decisivo para nosotros: ella produce siempre el espacio en el que es y que es en ella. Así como Bruno Latour ha hablado de un «parlamento de las cosas»¹², nosotros, con ayuda de la metáfora de la espuma, pretendemos ocuparnos de una república de los espacios.

Los análisis del tercer volumen retoman el hilo en el punto en el que acaba el trabajo del duelo –mejor, el trabajo del desentristecimiento– por la imposible metafísica del Uno envolvente. Su punto de partida es la suposición de que el asunto de la vida no estaba realmente en buenas manos, ni con los representantes de las religiones tradicionales ni con los metafísicos. Ambos eran dudosos asesores de la vida irresuelta, puesto que, en último término, no supieron remitirla a otra cosa que al placebo de la entrega a una simplificación celeste. Si esto es así, la relación entre saber y vi-



Michael Boran, *Honey*.

da hay que repensarla mucho más ampliamente aún de lo que se les ocurrió hacerlo a los reformistas del siglo XX. Es evidente que se ha agotado la forma de pensar y de vida de la vieja Europa, la filosofía; la biosofía acaba de comenzar su trabajo, la teoría de las atmósferas se acaba de consolidar provisionalmente, la teoría general de los sistemas de inmunidad y de los sistemas de comunidad está en sus inicios¹³, una teoría de los lugares, de las situaciones, de las inmersiones se pone en marcha lentamente¹⁴, la sustitución de la sociología por la teoría de las redes de actores es una hipótesis con poca recepción aún¹⁵, consideraciones sobre la movilización de un colectivo constituido realistamente con el fin de aprobar una nueva constitución para la sociedad global del saber no han mostrado apenas más que esbozos¹⁶. En estos indicios no puede reconocerse sin más una tendencia común. Sólo algo está claro: donde se lamentaban pérdidas de forma, aparecen ganancias en movilidad.

La festiva imagen de la espuma nos sirve para recuperar posmetafísicamente el pluralismo premetafísico de las ficciones de mundo. Ayuda a in-

ternarse en el elemento de un pensar diverso, sin dejarse desconcertar por el *pathos* nihilista, que durante los siglos XIX y XX fue el acompañante involuntario de una reflexión decepcionada por la metafísica monológica. Vuelve a manifestar la importancia de nuestro contenido: la proposición «Dios ha muerto» se confirma como la buena nueva del presente. Se la podría reformular: La esfera una ha implosionado, ahora bien, las espumas viven. La comprensión de los mecanismos del acaparamiento mediante globos simplificadores y totalizaciones imperiales no proporciona precisamente la razón para dar al traste con todo lo que se consideraba grande, imaginativo, valioso. Proclamar muerto al Dios pernicioso del consenso significa reconocer con qué energías se retoma el trabajo, no pueden ser otras que aquellas que estaban constreñidas en la hipérbole metafísica. Si una gran exageración ha cumplido su tiempo, surgen nuevos ideales de vuelos más discretos.